

# Nombres inmortalizados

Abelardo Pérez Mejía<sup>1</sup>

*Los epónimos son palabras creadas a partir del nombre propio de un personaje histórico o mitológico, y se han consagrado en la tradición lingüística social.*

*Yule, 2007*

Cuando en 1789, durante la efervescencia de la Revolución francesa, el diputado Joseph-Ignace Guillotin defendía acaloradamente el uso del artefacto que tenía la filuda navaja para cortar las cabezas de los condenados a muerte (De Paula, 1853), jamás imaginó que también inmortalizaba su apellido con esta macabra propuesta. En efecto, la sangrienta máquina fue bautizada como *guillotine*, que en español fue asimilado con el nombre de «guillotina». Desde esta palabra se derivaron otras, tales como «guillotinar» o «guillotinado», referidas siempre a la acción realizada con una afilada hoja de acero.

Este proceso de acuñar palabras a partir del nombre de un personaje es un hecho muy común en la construcción del léxico de una lengua. Los vocablos que han surgido como resultado de este mecanismo de creación reciben el nombre de «epónimos». Estas construcciones lingüísticas se han convertido, desde ti-

empos inmemoriales, en una fórmula para perennizar el grato recuerdo de un patriarca, exaltar la figura de un héroe, o conmemorar el nombre de un benefactor, evocándolo permanentemente en la memoria colectiva de la humanidad.

En los períodos remotos de las civilizaciones occidentales existió una marcada costumbre de señalar a toda una colectividad con el nombre del «genearca». A los griegos de la antigüedad, por ejemplo, se les conoció como «helenos» (Carrasquilla, 2016), palabra derivada del mitológico rey Heleno, el hijo de Deucalión y Pirra, la primera pareja que pobló la Tierra después de que Zeus destruyó a la humanidad, según Apolodoro (como se citó en Bleeker, 1988). El nombre de Heleno ha traspasado los milenios de la historia, tanto así que, en la actualidad, Grecia es denominada oficialmente con el nombre de República Helénica.

<sup>1</sup> Licenciado en lengua y literatura por la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle, y licenciado en periodismo por la Universidad Jaime Bausate y Meza. Labora en el Instituto Superior Pedagógico *América* de Lima. Correo electrónico: jabelardope@gmail.com

Los seres de la mitología griega han sido una beta inacabable para la creación de palabras «epónimas», es así como han surgido vocablos tan familiares como «afrodisiaco», brebaje estimulante de la libido, cuya acuñación se originó con el nombre de Afrodita, diosa del deseo sexual. También los de nombres de héroes como Aquiles y Odiseo se impregnaron en la posteridad de la «eponimia»: el primero recordado en el talón del pie, como sinónimo de punto débil, y el segundo evocado en la palabra «odisea», referido al conjunto de peripecias desagradables que atraviesa una persona (RAE, 2020). De los griegos, además, se recogieron nombres geográficos como la isla de Icaria en el mar Egeo para evocar el atrevido vuelo de Ícaro, el hijo de Dédalo, asimismo el nombre de la diosa Atenea, madre de la sabiduría, que fue perennizado en la capital de Grecia mediante un plebiscito convocado por el rey Cecrós (San Agustín, 2011).

En la historia hebrea, a partir de los hijos de Noé se imprimieron los nombres epónimos para los pueblos de la tierra. Según la narración bíblica, después del Diluvio universal, los hijos sobrevivientes del constructor del arca se dispersaron por distintas regiones con la finalidad de poblar nuevamente el globo. Sem, Cam y Jafet se constituyeron en nombres epónimos que dominaron la clasificación racial de la historia de la humanidad hasta el siglo XIX. Según María Bernardo (1866), a partir de Sem se multiplicaron los semitas, de piel trigueña; de Cam surgieron los

camitas, de raza negra; y de Jafet descendieron los jafetitas, caracterizados por su tez blanca.

También, el mapamundi se encuentra diseminado de curiosos epónimos. El apellido del general Simón Bolívar constituyó una fuente de inspiración para los parlamentarios altioplánicos, quienes denominaron a su nueva nación como República de Bolivia, en gratitud por los servicios brindados por el Libertador (Gutiérrez, 1981). En España, el enigmático rey Felipe II fue tomado por sus súbditos para bautizar como Filipinas al archipiélago asiático. Américo Vespucio, el caso geográfico más paradigmático de los epónimos, se perpetuó gracias a los monjes del monasterio de Saint Dié, quienes sellaron el mapa del nuevo continente descubierto, denominado como América en el atlas geográfico del siglo XVI (Betanzos, 2002).

En la Medicina, una serie de nomenclaturas «epónimas» figuran en el listado de diversas dolencias y malformaciones. El nombre del médico investigador, Gerhard Armauer Hansen, se inmortalizó en el terrible mal cutáneo de la lepra, denominando a esta enfermedad, por extensión, como mal de Hansen. Por otra parte, la bacteria desencadenante de la tuberculosis pulmonar lleva el nombre de bacilo de Koch, como un excelso homenaje a su descubridor. Por último, se puede mencionar que el apellido del bacteriólogo francés, Louis Pasteur, fue tomado como un acuñador

de términos antibacterianos que hasta hoy benefician a la gran industria de la alimentación, inclusive, se creó el verbo «pasteurizar» (RAE, 2020), desde cuya conjugación se produce una constante recreación de palabras que toman el apellido del sabio galo.

La eponimia no solo exalta y perenniza un buen recuerdo, también reporta la existencia de personajes luctuosos, seres cubiertos con el manto de la perfidia o de la morbosidad. Así pues, el calificativo de «judas» se estampa hasta ahora como un estigma para todo aquel que realiza la felonía del apóstol Iscariote, del mismo modo que el nombre del terrible rey de los hunos, Atila, se usa para calificar a una persona indolente y cruel; o la perversa manipulación para saciar los mezquinos intereses personales y el arte de la doblez son conocidas como maquiavelismo, dado el ingrato recuerdo que se tiene del consejero de príncipes y reyes, el florentino Nicolás Maquiavelo.

Entre todos estos epónimos, ninguno tan infausto como el que fue inspirado en un personaje con imaginación macabra y espíritu afiebrado: el Marqués de Sade. Este escritor francés pobló sus cuentos y novelas con personajes

monstruosos, seres descarnadamente libertinos en lo sexual, en donde el elemento erógeno del placer se encendía con la violencia infligida, como sucedía con los personajes de su novela *Los 120 días de Sodoma* (De Sade, s/f). De aquí nació la palabra «sadismo», referida a la parafilia que produce la excitación del agresor por el maltrato físico o psíquico que le hace a su víctima. El término «sádico» ha proliferado en los discursos de nuestro mundo sexualmente libertino, los psiquiatras han desgranado esta palabra para explicar conductas extrañas, formándose otros términos como «sadismo oral» y «zoosadismo», esta última referida al sufrimiento ocasionado sobre los animales con la finalidad de obtener excitación sexual (Hernández, 2013).

Como se observa, el espíritu de un personaje aún pervive y se delata a través del sonido de la palabra epónima. Al ser humano, solo le queda ese consuelo de inmortalidad para hacerle frente a la implacable erosión del tiempo que lo pulveriza. Así pues, en la memoria histórica de cada hombre, los epónimos seguirán evocándose como una fórmula permanente de agradecimiento, o apareciendo, paradójicamente, como un indeseable estigma.

## Referencias

- Bernardo, M. (1866). *Los héroes del cristianismo al través de las edades*. (Tomo I). Sociedad Editorial de la Maravilla. [https://books.google.com.pe/books?id=zn773K-k3yFwC&printsec=frontcover&source=gbs\\_ge\\_summary\\_r&cad=0#v=onepage&q&f=false](https://books.google.com.pe/books?id=zn773K-k3yFwC&printsec=frontcover&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false)
- Betanzos, M. (2002). *Américo Vespucio*. Penguin Random House Grupo Editorial Argentina.
- Bleeker, C. (1988). *Historia religionum: Manual de Historia de las Religiones*. Ediciones Cristiandad. <https://books.google.com.pe/books?id=fXamtVSli5QC&pg=PA421&dq=deucali%C3%B3n+y+pirra+apolodoro&hl=es->
- Carrasquilla, J. (2016). *Mitología Griega* (Tomo III, Vol. 3). Editorial Cultiva Libros.
- De Paula, F. (1853). *Enciclopedia moderna: diccionario universal de literatura*. (Tomo 22). <https://books.google.com.pe/books?id=TjCkR8MEKdsC&printsec=frontcover&dq=Enciclopedia+moderna:+diccionario+universal+de+literatura.+Tomo+22&hl=es->
- De Sade, Marqués. (s. f). *Los 120 días de Sodoma*. Elejandría.
- Gutiérrez, A. (1981). *La Iglesia que entendió el Libertador Simón Bolívar*. Universidad Católica Andrés.
- Hernández, R. (2013). *Parafilias, una clasificación fenomenológica*. <http://revsexologiaysociedad.sld.cu/index.php/sexologiaysociedad/article/view/172/212>
- Real Academia Española. (2020). *Diccionario de la lengua española*. (23.<sup>a</sup> ed.), <https://dle.rae.es/>
- San Agustín. (2011). *La ciudad de Dios*. NoBooks Editorial. <https://books.google.com.pe/books?id=dqWxCAAQBAJ&pg=PT950&dq=atenas+cecrops+san+agust%C3%ADn&hl=es->